

18-14
XI / 52

Por Miguel de LIZARRAGA

"Ni en la paz de los sepulcros creo", dijo el poeta. No podía imaginarse que la guerra pudiera llevarse al otro lado de la muerte. Y, para subrayar la intensidad de su duda, la situó más allá de la lucha y de la vida.

La imaginación del poeta no llegó a suponer la realidad que palpamos. La guerra ha sido llevada más allá de la vida. El odio sigue a los huesos calcinados. Acaba de conmemorarse el día de los caídos. Las Iglesias han cubierto de crespón sus gradas, para elevar preces al Dios de la paz por el eterno descanso del alma de los caídos del bando franquista. Para los del lado contrario, habrá habido rezos privados; pero ningún templo abierto al amparo del régimen ~~franquista~~ franquista osará llamar a su congregación para orar en público sobre las tumbas de los muertos en las filas de los que lucharon contra Franco. Hombres y mujeres, civiles y militares, obreros y sacerdotes, los difuntos anti-franquistas no tienen acceso a las preces públicas organizadas por la Iglesia de Cristo en España! Sus almas son de tercera.

En 1936 comenzó aquella lucha. Año tras año, los vascos hemos pedido a Dios, en privado y en público, por el eterno descanso de todos los caídos. Lo hemos pedido en las iglesias del exilio. El órgano lanzó al viento sus melodías y el incensario saturó de perfume los recintos sagrados, en solemnes y cristianas ceremonias por los muertos de la guerra, por todos los muertos, cualesquiera que fueran su credo, su partido, su sexo, su función en la vida, su edad o su raza. Bayona y París, Londres y Nueva York, Caracas y Buenos Aires, han reunido a las colonias de vascos, que, al entrar en el templo, sabían bien hasta qué punto es cristiano el querer, el perdonar y el desear la paz; y, antes que la paz de los sepulcros, la de los corazones.

Todavía la docena y media de sacerdotes gipuzkoanos asesinados por las tropas de Franco siguen sin ser inscritos en el registro oficial eclesiástico de la diócesis. No lo fueron en la de Vitoria, ni lo han sido en la de San Sebastián. Y los cuerpos de los que cayeron ante el pelotón de requetés, guardias civiles y carabineros, continúan enterrados en descampados, escombreras y cunetas de las carreteras. Para éstos no hubo tierra sagrada, ni preces litúrgicas, ni caridad cristiana. El día de los caídos, es el de los caídos de primera.

Hemos de dar de alta una excepción. Honrosa excepción. Cualquiera que sea el motivo por el cual se levantó aquella voz, debemos congratularnos de que alguien la haya elevado. El llamamiento no proviene de un Cardenal de la Iglesia, ni de arzobispo, Prelado, arcipreste, párroco o simple sacerdote de Cristo. No es siquiera de ningún requeté, de esos que colocan a Dios en primer término de su lema. La voz es de un falangista: don Ernesto Giménez Caballero. Se contiene en un artículo del órgano falangista "ARRIBA", del que copiamos algunos párrafos, que dicen así:

"En este día de los caídos..., es ya hora de contar con todos los caídos. Con todos los que cayeron soñando en una España mejor, más justa, más libre. Los colores se borran con la muerte. Sólo quedan, al cabo de unos años, los esqueletos de los que cayeron en la misma sagrada tierra madre... Y, al hermanar ya en su seno los huesos de todos sus hijos, obliga a caer de rodillas ante ella, ante esa tierra madre, para pedirle perdón por haber^{-la} ensangrentado y pedirle que Dios nos perdone cuando un día caigamos nosotros ante su inmutable juicio... Hay ya paz entre los vivos. Pero aún no se la hemos dado a todos los muertos. Rezar hoy por nuestros enemigos de ayer caídos, si es que eran enemigos, será nuestra sublimidad, nuestro cristiano misticismo, nuestra piedad... Hay que unificar los muertos... Hay que llevar la paz a todas las tumbas..."

Remos suprimido del artículo los latiguillos petulantes que acompañan al verbo falangista. La oración en sí es de hombre bien nacido. Es de cristiano. Es de patriota. Han hecho falta 16 años para que haya sido dicha. Y quien la dice, no es un Ministro del Dios de la caridad, sino un vocero del falangismo, un discípulo de Mussolini. Los Prelados, entre tanto, persiguen a "EGIZ" en Euzkadi, fustigan al protestantismo con el Cardenal Segura, montan guardia a caballo para mantener durante cincuenta años el régimen falangista con el Arzobispo de Valencia, o dan Ministros a Franco con Monsiñor Herrera. Para que España ofrezca, una vez más, su paradoja, se han cambiado los roquetes por las camisas azules.

Desgraciadamente, a muchos de nuestros muertos no puede ser llevada ni siquiera la paz del sepulcro. Porque no tienen sepulcro. Sus cuerpos fueron enterrados en los campos. De muchos de ellos, han desaparecido hasta los huesos. En otros casos, la azada y el arado los han esparcido y sobre sus cenizas crecen gramíneas, tubérculos o forrajes. El odio del régimen les ha negado hasta los siete pies de una tumba.

Bien venido sea el llamamiento de Giménez Caballero, cualquiera que sea el sentido más íntimo por el que haya visto la luz. Y que Dios Todo-poderoso permita que en la tierra franquista de hoy, despiadada y pagana, crezca la flor cristiana de la caridad, que nos permita un día, a todos los que vivimos, rezar por todos los que cayeron.

x x x

Han escuchado ustedes la lectura del artículo titulado "HAY QUE LLEVAR LA PAZ A TODAS LAS TUMBAS", escrito por nuestro colaborador Miguel de LIZARRAGA.